

tosos de vengarse del que le birló sus doscientos pesos. D. Valentín, contrariado, se despidió, alegando ocupaciones relacionadas con la pesca en proyecto; mas no se lo permitieron, y con afectuosos cumplidos le invitaron á tomar un *vermouth*, santa palabra para D. Valentín y suficiente para sellarle los labios y cautivarle la voluntad. Rómulo añadió que había de darle un encargo delicadísimo, de estos que sólo á un amigo tan probado, tan fino diplomático y tan hábil policía como D. Valentín podía encomendarse; con lo que el hombre se entregó á discreción, recobrando su locuacidad habitual.

Cerca de la esquina del *Hotel de Nápoles* vieron los grupos que esperaban la vuelta de la señora Wanda, y les causó mucha gracia descubrir al viejo D. Gabino, que, con sus *mu, mu*, característicos demostraba su impaciencia. Con él estaba D. Navigio y hasta ocho sujetos, diputados unos y senadores otros, mariposeando alrededor tres noticieros de periódicos, prontos á cazar al vuelo la frase del importante hombre pú-

blico para entregarla al rayo del telégrafo, y un fotógrafo con su maquineta, tratando de enfocarles para obtener el consabido cliché, que había de enterar á la República de la forma del pantalón y del sombrero que gastaban sus políticos en Marplatina, agrupados en la Rambla en interesante conferencia.

Pasaron los cuatro, distribuyendo sendos sombreros á derecha é izquierda, y más allá tropezaron con la propia señora Wanda, que, sin duda por librarse de los moscones, había dado un rodeo y se dirigía á su alojamiento por el lado en que nadie la esperaba. Venía acompañada de su doncella, y era una soberbia mujer, grande, bien repartida de carnes, la piel muy blanca, el cabello y los ojos muy negros, con andares de majestad admirable; vestida sencillamente, iba derecha por su camino, sin fijar la vista en nadie, antes bien rechazando el atrevimiento probable de una insinuación con gesto de dureza y energía. ¡Cualquiera se metía con ella!, como decía D. Valentín.

Los cuatro, galantemente, esbozaron un saludo, que no mereció respuesta, y Rómulo, herido del desprecio, dijo que era mucho pisto para una *cocota*.

— Una señora — rectificó D. Valentín, volviendo por el crédito de sus informes.

Disputaron largo trecho acerca de si era pato ó gallareta, y Gabinito, que conocía á las mujeres sólo por el aire, afirmó el juicio de Rómulo, explicando dogmáticamente que lo del estiramiento y el mal gesto era el cebo con que esperaba enganchar al empresario de la temporada; cada cual pesca á su modo, unos con lombrices, como D. Valentín, y otros con la seriedad de la dama polaca.

— Pues, yo digo — exclamó Eliseito — que por esa mujer sería capaz de hacer cualquier *polacada*.

Sin parar de discutir llegaron al café que llaman de *La Perla*, y sentáronse delante de uno de aquellos veladores que, bajo el bonito quiosco, ofrecen descanso, distracción y refrigerio; cansadísimos todos, cual

si acabaran de recorrer á pie muchos kilómetros, especialmente los tres jóvenes, que en la pálida y marchita faz mostraban la poca resistencia de un organismo exhausto. Vino el mozo á servirles, de mandil blanquísimo y bigotes de mosquetero, y ellos pidieron *vermouth, cok-tails* y *absinthe*, como llamaba Gabinito al ajeno, y mientras despachaban sus porquerías, D. Valentín con ruidoso gorgoteo de buen catador, escucharon el *mu, mu* de D. Gabino, que, acompañado del grupo de chasqueados, venía trotando, las orejas gachas y en mugidos dolorosos expresando su desconsuelo:

— Pero ¿ha salido ó no ha salido? ¿estaba en la playa ó no estaba en la playa? ¿la han visto ustedes ó no la han visto?

Tomaron por asalto los veladores desocupados, que no eran muchos, y sentado el viejo Asnabal, las negras manecitas sobre el esférico puño de plata de su bastón, seguía diciendo:

— ¿Ha salido ó no ha salido?

Entretanto, D. Navigio pedía á gritos un

*grog*, y cada cual el brebaje de su predilección en la extranjera parla al uso, y los mozos corrían, entraban, salían con las bandejas de metal y las copas de vidrio y las botellas negras, verdes, color de rubí ó de topacio... Llevaban debajo del brazo una servilleta, que limpiaba lo mismo las copas que sus frentes, y de un extremo al otro lanzaban su alerta: — *Voilà, monsieur...*, como en París, para mayor regocijo de Gabinito.

Había llegado el correo, y muchos de aquellos señores leían sus cartas, otros los periódicos, ninguno un libro, entre la animación de los paseantes, las voces de *La Opinión*, *El Cotidiano*, que daban los vendedores en la Rambla, y el atropellado movimiento de los mozos; las naderías familiares, las crónicas de sociedad, las notas políticas (de esa indecente política, como decía D. Gabino estrujando su periódico, que lleva á las más grandes alturas y á las más hondas bajezas... menos á presidio), adquirirían importancia suma, abultamiento des-

comunal en aquella atmósfera de dulce pereza, de estúpida monotonía, bajo la cual se persigue la criminal tarea, y muy latina, de matar el tiempo. Revoloteaban sobre los grupos las noticias sensacionales, empujadas del uno al otro por los comentarios ardientes, como mariposas de papel echadas á volar por colegiales traviosos, y D. Navigio las atrapaba, presentándolas al concurso con calor y con brío que hubiera menester cuando los graves asuntos de gobierno estuvieron en sus torpes manos.

Era domingo, y poco faltaba para las diez, la hora de la clásica misa en San Pablo. El elegante desfile de damas comenzaba, y el pasar menudo y apresurado delante de la batería de *La Perla*, donde cada mirada era un flechazo, no causaba miedo ni cortedad á las bellas, que desafiaban la atención masculina, quién con el rostro, quién con el talle, quién con el traje, cuanto más admiradas más contentas, cuanto más perseguidas de los ojos insolentes más satisfechas, con el rosario y el libro, y entre el

libro y el rosario el diablo muerto de risa. Antes que dejar de pasar, quedarán en casa, por el jolgorio y la exhibición que el desfile provocaba. Pasaron todas, sin que faltara una sola, dejando una estela de perfumes, de belleza, de gracia y de lujo imponderable: misia Loreto, como empavesada fragata; Florita, muy gentil; la de Zaldívar, guapísima; la de Hierro, deslumbradora; las de Esteven, sorprendentes; las de Asnabal... ¿qué decir de las de Asnabal, con aquellos sombreros como paraguas, *haute nouveauté*, que se habían puesto, los risueños colores de su traje y los tules y los lazos que por arriba y por abajo se unían en gracioso consorcio, proclamando á los cuatro vientos su hermosura? Extravágantes, pero lindísimas, iban levantando polvo y admiración, y la Rambla entera, de punta á punta, se estremecía á su paso triunfal y vocinglero. Hubo tiroteo encarnizado ante *La Perla*: acribilladas de miradas concupiscentes, las cuatro amazonas respondían con dardos de soslayo, traidoras sonrisas, ges-

tos amistosos que prendían las voluntades; y como si nada temieran del enemigo y antes gustaran de desafiarle y provocarle, las cuatro se detuvieron delante de la fortaleza masculina, ofreciendo los bustos espléndidos al fuego de los ojos. El mismo sol, que entre las nubes andaba perdido, sacó la dorada testa para verlas... Las cuatro echaron sobre el velador del papá y del hermano una frase cariñosa, como flor que se arrancaran del pelo, y siguieron, dejando atrás los murmullos y la espuma de las aguas hendidas por soberbio navío.

Sobre el velador de Gabinito, junto con la frase fraternal cayó un dardo disparado por Ernestina, tan derecho y bien apuntado que dió en el pecho de Rómulo y le venció desde luego. Era el dardo de oro con punta de diámante, y nadie extrañará que, como en el pecho hueco de un empajado maniquí, se clavase de seguida, sin sangre ni dolor; al contrario, con tanto gusto del herido, que se levantó, balbuceó excusas y promesas de volver, y se lanzó en persecu-

ción de la hermosa enemiga, acompañado de Gabinito, que en todos los lances le servía de esudero.

A los pocos pasos diéronles alcance, y ellas se dejaron aprisionar sin resistencia, muy complacidas de que las escoltaran hasta la iglesia. Iba delante misia Loreto, quien oyendo el tropel y conociendo las voces, con la grande estrategia que la distinguía, hizo de manera de incorporarse disimuladamente al grupo perseguido, y ella y Florita terciaron en los dimes y diretes de los unos y de las otras.

¡Buenos días! ¿qué tal? ¿se había descansado? ¿estaba el agua más fresca que el día anterior? Cada uno daba cuenta de sus impresiones personales, asuntos de gravedad y de importancia, relatados y escuchados concienzudamente: el dolor de cabeza, la falta de sueño ó de apetito, el baño más largo ó más corto, la temperatura más baja ó más alta... Se cruzaban palabras de asombro ante un detalle nimio, carcajadas en celebración de necedades, y sin venir á

cuento todo era exclamar las muchachas á cada paso:

—¡Qué horror! ¡Jesús! ¡qué horror!

La menos horrorizada de cuanto se decía era Florita, y eso que misia Loreto, por el mismo procedimiento que á D. Navigio, hacía todo lo posible por que se horrorizara también. Se habló del programa del día, y todos se pusieron á bostezar como si les dieran cuerda. ¡Qué horror! si era el mismo de todos los días: después de la misa, el almuerzo; después, encerrona hasta la hora del concierto; á las cinco, á la playa; luego, la comida; luego... ¿había baile? ¡Ni eso! ¡qué horror! Felizmente, tendrían *veintiuna* en el *chalet* de Sangil, y de seguro harían saltar la banca.

Aida, Graziella y Edelmira dieron la noticia de que Ernestina cantaría en la misa del próximo domingo, y misia Loreto se horrorizó más que nunca, porque novedad tan grata la sugería la idea, á ella, que en lo de inventar pretextos caritativos para sacar los pesos al prójimo no conocía rival,

de explotar la preciosa voz de Ernestina en beneficio de una obra de caridad cualquiera. Ya trazaba el programa de la fiesta, veía los días ocupados en algo, en algo útil, la distracción de una semana asegurada.

Las muchachas aplaudieron, menos Flora, que opuso estas razones:

—¡Mamá, si no tenemos elementos! luego, el público está ya cansado...

Y Gabinito confirmó con una gran cabezada eso mismo, que el distinguido público estaba muy cansado de *kermesses*, conciertos de aficionados y demás adesios teatrales, rifas y sacadineros misericordiosos. Flora se lió con él en empeñado diálogo acerca de la caridad, mientras Rómulo declaraba á Ernestina que ardía en deseos de que llegara el domingo... ¡Dios mío! ¿para qué? ¿para oirla á ella? ¡qué horror! si cantaba malísimamente.

—No, no—decía el hinchado caballero,—que yo sé que lo hace usted como los propios ángeles.

¡Pobrecitos! ¡qué poco favor les hacía!

si iba á tener que taparse los oídos y escapar... horrorizado, por supuesto. Acortaba el paso, entretanto, para quedar á la zaga del grupo; y como misia Loreto, en tantos años de legítima tercería, tenía una práctica acabadísima de estos casos, supo componérselas de modo que se adelantó con Aida, Graziella y Edelmira, las entretuvo, las distrajo, las mareó, dejando libre el campo á las dos parejas que, pasito á paso, seguían de palique. Volvíase tal cual vez Aida, para advertirlas que debían apresurarse porque ya había sonado el último toque; pero misia Loreto declaraba con impaciencia:

—No hay prisa; tenemos tiempo de sobra; nadie nos corre.

¡Ay! lo que menos importaba á misia Loreto era la misa. Ella misma no lo negara, si la preguntaran; y si lo negaba, fuera porque no estaría bien que lo confesase, mas no porque en aquel momento no tuviese los cinco sentidos puestos en lo que á su espalda ocurría. Nerviosa, llevaba á remolque á

las tres chicas, disputando sobre si era el segundo ó el tercer toque: ya verían cómo no habían cambiado el Evangelio, y si lo habían cambiado, ¿qué? no se condenarían por eso. Otras cosas son peores. Se sofocaba con la carrera, la emoción, el esfuerzo de buscar palabras en consonancia con pensamientos distintos de los que la bullían en el magín.

Del atrio de la iglesia, adonde llegaron más pronto de lo que deseara, se dió vuelta para descubrir á las rezagadas parejitas, y en lugar del amartelado cuarteto que presumía, vió que se habían fundido en un grupo, en el que Rómulo iba más cerca de Flora que de Ernestina; con Flora hablaba Rómulo, y Ernestina parecía más contrariada que satisfecha. Era aquél un ovillo del que perdía á cada minuto el hilo misia Loreto. ¿Qué significaba el alejamiento de Gabinito y la aproximación de Rómulo? Misia Loreto pegó un abanicazo sobre la palma de su mano izquierda... Acaso quería esto expresar que lo comprendía;

acaso, que no lo comprendía absolutamente.

Graziella les gritó que ya estaba la misa á la mitad, y ellos corrieron riendo, cambiaron saludos en la puerta, porque ¡claro! los caballeros no tenían para qué entrar, esperándoles en el café los amigos, y se despidieron hasta luego: las damas entraron de prisa y muy sofocadas; Rómulo y Gabinito desanduvieron lo andado sin hablar, preocupado uno y otro, pero sin transmitirse palotada de lo que pensaban. Rómulo se atusaba los crespos mostachos; Gabinito miraba sus relucientes zapatos color de caramelo...

Allá, sentados delante del velador, les aguardaban D. Valentín y Eliseito, el *cok-tail* y el *absinthe*, que apenas tuvieron tiempo de catar, con grande impaciencia Eliseito, porque, francamente, sentía muchos deseos de repetir su ración de *cok-tail*, y como era chico bien educado, no se atrevía á pedirlo en ausencia del anfitrión. Lo pidió, dando palmadas, así que Rómulo hubo ocupado su silla, y entretanto los cuatro

abrían los oídos á la perorata de papá Asnabal, que, en el velador vecino, disertaba sobre las excelencias de las razas Durham y Hereford, y su superioridad incontestable sobre la Polled-Angus; la negra pezuña golpeaba la bola de plata del bastón, y la pesada cabeza acentuaba con topetadas el interrogante habitual de sus períodos:

—Después de esto, ¿se puede comparar la Polled-Angus ó no se puede comparar? ¿lo he probado ó no lo he probado?

Sus conocimientos *camperos*, como él decía, el aplomo de sus millones, daban mayor fuerza á su discurso, y el mismo D. Navigio, que á fuer de hombre político, sobre una paja levantaba una polémica, asentía y aprobaba, poniendo á la dichosa Polled-Angus por los mismos suelos; sin duda, el espíritu de misia Loreto, que entre un pater y un ave, allá en la iglesia, escapaba hacia el café y volvía á anudar el rezo mecánico, le soplaba al oído que no contradijera al riquísimo señor, y si á él le daba la gana de comparar los cuernos de los Here-

ford con los de la propia luna, dejárale en sus trece, que él nada iba ganando por cuerno de más ó de menos.

—Sí que lo ha probado usted—decía don Navigio, obedeciendo al pensamiento de su mujer.—No se puede comparar, ¿qué se ha de comparar?

Esta aprobación y el silencio del círculo entusiasmaban á D. Gabino, que en el pagnirico de los Durham y los Hereford ponía tanto fuego cual si se tratara de miembros de su familia; entre dos interrogantes miraba las caras atentas que le rodeaban, y como el abogado de la Polled-Angus no se descubría por más topetazos y derrotos que le enviaba, seguía la taravilla, y seguiría hasta el fin de la temporada, porque el tema vacuno era de los que más preocupaban, quizá el único que preocupaba á D. Gabino de esta vida y de la otra... Había allí quien le escuchaba con más atención que los demás, y era el tal D. Gustavo Brünn, el droguero rico que tras de la rusa andaba perdido y llevaba hechas tantas extravaganzas

cias dignas de mofa: un hombrecito regordete, muy basto, á quien las de Asnabal llamaban *el Camarón* porque era todo rojo, lo mismo de piel que de pelo, y para mayor carácter lucía una boína encarnada; alemán estimadísimo de D. Valentín, de Rómulo, de Gabinito, de Eliseito y de todos los cofrades de la baraja; gran jugador, de paradas aplastantes, de facultades inverosímiles; fresco, resistente, dueño de sus emociones como ninguno, el primero en llegar y el último en retirarse. Pues no bien vió á don Gustavo, D. Gabino interrumpió á lo mejor el discurso para preguntarle:

—¿Estaba ó no estaba? ¿Fué ó no fué?

—¿Quién?—dijo alarmado el rojo extranjero, que en aquel momento, con tres ciclistas de sus amigos, paladeaba su copita de *gin* en el velador próximo.

—La rusa, hombre, la rusa—contestó don Gabino aporreando el suyo con el cabo del bastón.—¿La ha secuestrado usted ó no la ha secuestrado?

Hinchóse como un escuerzo D. Gustavo,

y el cogote y los carrillos se le amorataron de risa. ¡Vaya, que si pudiera!... Pero parecía más difícil que el andar de cabeza. Una cabra montés, una verdadera cabra montés. En medio de la baraúnda de carcajadas, el *voilà, monsieur!* de los mozos, las voces de los vendedores de periódicos, el trotar de los tranvías en la vecina avenida, el desfile dominguero que continuaba y el rumor del mar, pudo D. Valentín hacerse oír de Rómulo esta pregunta tímida:

—Me ha dicho usted que deseaba encargarme de una comisión muy delicada; ¿qué comisión es esa?

—¡Ah! sí—exclamó Rómulo.

Bruscamente despabilado, hizo esfuerzos para recordar lo que tenía pensado encargar á Casuso, y no dió con ello. Era, sin embargo, algo muy interesante relacionado con los planes discutidos y aprobados por sus hermanos, comercial negociación de mucha miga; duchos en la materia, sus consejos, aplicados en Marplatina según la fórmula original, parecía (Rómulo no se atre-

vía á asegurarlo á pesar de su vanidosa suficiencia), parecía que iban dando, lentamente, pero daban el resultado perseguido, mas no con la claridad que él exigía para apuntar todo su capital (su personita y su pomposo apellido) á la carta en juego. Que todo un Pares obtuviera un nones como un templo, sería cosa jamás vista ni sufrida. La sola idea le encrespaba los bigotes y revolvíale las heces de la soberbia, que como chispas eléctricas despedía por la piel... Miró á D. Valentín mientras agitaba con la cucharilla el fondo de su vaso. ¿Qué intervención pensaba dar á Casuso en el asunto? Francamente, no se acordaba.

D. Valentín, con el sombrero de paja sobre la oreja, la bonachona fisonomía, de hombre servicial y amabilísimo, iluminada por el gesto más insinuante de su repertorio, esperaba en silencio. Pero Rómulo no se acordaba, francamente, y seguía meneando con la cucharilla. Entonces D. Valentín abrió su cestita para poner orden en el inquieto enjambre de prisioneras... Eli-

seito se enfadó por la asquerosa exposición.

—¡Quite usted de ahí, Casuso, que le tiro á usted y sus lombrices al medio de la Rambla!

—¡Ah, sí!—repitió Rómulo.

Precisamente una faena como la realizada por D. Valentín en la playa de los Ingleses era la que pensaba encargarle: explorar, sondear, sacar á la luz pensamientos é intenciones; él sólo podía hacerlo, y en breve había de traerle, cual los rosaditos animalejos de la cesta, los escondidos secretos que necesitaba conocer para lanzarse con toda seguridad en la aventura. Habilísimo Casuso, ¿de qué no sería capaz su fineza y á qué extremos no llegaría valiéndose de la simpatía universal que le rodeaba?

Rómulo invitó á D. Valentín á que se levantase, le prestó ayuda para salvar de la sanguinaria acometida de Eliseito la inocente familia verminosa, le pasó el brazo por los hombros y le llevó más allá de *La Perla*, donde ni Gabinito, ni Eliseo, ni los demás le escucharan.

—Casuso—dijo Rómulo,—usted es un hombre discreto, listo, de confianza y de peso; es usted también un hombre utilísimo... Conoce usted á las mujeres. En esto de conocer á las mujeres, ni Gabinito, ni yo, ni ninguno de los que presumimos de conocerlas, estamos á la altura de usted, que debe de tener en la cartera de sus recuerdos personales más apuntes femeninos que un psicólogo de estos de pega, que al través de los libros y desde su gabinete pretenden viajar alrededor del corazón y explorarlo por dentro y por fuera. Lo cierto es que las mujeres le buscan á usted, le miran, le sonríen... Casusito, aquí. Casusito, allí. Es decir, que le demuestran mucha familiaridad, y seguro estoy que algunas le hacen honrado depositario de sus confidencias... Algunas, he dicho, que á las retobadas usted no se quedará corto, sondeándolas con cautela, si es su propósito, en lo más obscuro del ánimo. Pues de esto se trata, Casuso, de esto se trata.

Le habló al oído buen rato, y D. Valen-

tín, sin parar de caminar, ya negaba, ya afirmaba, sonriendo complaciente. A veces se detenía para subrayar un «No tenga usted cuidado...», y continuaba la conferencia y el paseo, entendidos ambos completamente acerca del punto principal.

—Digo que no tenga usted cuidado—repitió D. Valentín.

Lentamente regresaban á *La Perla* y se ponían muy serios, afectando grande reserva. Desde el velador Gabinito les hizo señas...

Mortal silencio pesaba ahora que papá Asnabal dejó en paz la genealogía vacuna: D. Navigio bostezaba, D. Gustavo bostezaba, Gabinito y su barroso compañero bostezaban... Eran las diez de la mañana, hora de actividad y de energía.